



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1184

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
je.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 23 DE AGOSTO DE 1891

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumar-
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 51.

GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales,

molinos, bombas y estampas

JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2.—CARTAGENA.

Lunas en blanco de espeso biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras ar-
tísticas para iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas
para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles,
de color, muselinas, esmerilados, moldados, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS

PIDANSE TARIFAS

Se plattah lunas de...

Del expreso, qué?

Hasta ahora no ha dado señales de vida el expreso de Estrecher un tren rápido entre Madrid y Car-
tagena. Se anunció como cosa in-
mediata y produjo la natural ale-
gria; pero el tiempo pasa, el tren
no viene y la alegría se va.

Por muchas vueltas que demos
al asunto, no nos explicamos la ra-
zón de que se eternicen los pro-
yectos de un tren rápido, si
solo necesitan que la voz que
dirige, diga:

Creíamos nosotros al tener noti-
cia de la decisión del Consejo de la
Compañía, tan beneficioso para el
desarrollo de las relaciones de Es-
paña con la Argelia, que entre la
decisión y la acción mediarían solo
algunos días, un par de semanas ó
no más de más; pero este último
plazo que nos parecía más que su-
ficiente para establecer el nuevo

servicio, ha pasado con cruces sin
que á la fecha pueda adivinarse
cuándo correrá el tren.

Es verdad que tenemos la mala
costumbre de olvidarnos, que esta-
mos en España donde nada de lo
que se hace lleva el sello de la ac-
tividad. Aquí no se hacen las cosas
de golpe y porrazo, como dice el vul-
go, sino meditándolas detenida-
mente, discutiéndolas con más de-
tenimiento, y ejecutándolas, des-
pués de muy pensadas, á paso de
tortuga.

Pensando en esta tardanza in-
comprensible en lanzar el tren rá-
pido á la vía, hemos llegado á pen-
sar si se habrá arrepentido el Co-
sejo; mas como el negocio augura
ganancias y no pérdidas, nuestra
confusión sube de punto al ver
que se malgasta el tiempo con es-
pedientes dilatorios que significan
pérdidas de dinero, que debiera
ganarse y no se gana.

¿Qué pasa con ese tren expre-
so? ¿Cuál es la causa de que una
mejora de tanta utilidad para el
público y la Compañía explotado-

ra sufra tan extraordinario retra-
so? Hace un mes que estamos es-
cuchando esas preguntas sin poder
contestarlas. Y la verdad es que no
las contestaría satisfactoriamente
la Compañía ferroviaria si á ella
directamente fueran dirigidas.

Lo que pasa con ese retardo in-
comprensible es que el público va
desconfiando y se hace incrédulo.

Y no es extraño que se haga pe-
simista, porque tiene para ello su-
brados motivos. Dígame sino la es-
tación de Cartagena siempre pro-
visional, y el apeadero de los Mo-
linos acordado hace un par de años
y recibido por los habitantes del
vecino barrio con música y co-
hetas. La una por ser obra gran-
de, aún no se ha comenzado; la
otra por obra chica, aún está en el
papel.

Pero al fin esas son obras que
requerirán tiempo. Forzando la ar-
gumentación hasta el extremo lí-
mite se puede mantener en la opi-
nión la confianza de que al cabo se
terminarán, pero la ilusión
rápido en combinación con los co-
rreos de la Argelia no requiere an-
damos ni ladrillos ni acopios de
materiales, sino poner un vagón
detrás de otro, un furgón á la cola
con un guardafreno, á la cabeza
una locomotora con un maquinis-
ta y á correr se ha dicho.

¿Qué no es eso? ¿Qué es obra de
más tiempo?
Podrá ser; pero al público no le
entran las dificultades que pueda
tener ese asunto y á nosotros nos
parece que eso del tren rápido es
una de esas cosas que caen en el
pozo del olvido.

Si estamos equivocados celebra-
mos que se nos saque del error,
á los efectos de hacer renacer la
confianza en el público.

TIJERETAZOS

El Sr. Romero Roldán opina que las de-
claraciones del Sr. Sivola son de una
gravedad inmensa y pueden originar un con-

sulto funesto para la patria, más grave
que los ocurridos hasta ahora.

Hombre, quitele usted el pelo.
Lo que habrá hecho el Sr. Sivola con eso
es como las puestas del poder.
Y tal vez lo haya hecho porque lo tenga
cuenta.

Con eso de la recandación de los tributos
ocurren cosas raras.

Durante la primera quincena de Agosto se
han recaudado seis millones y medio más
que en el mismo período del año pasado.

Eso ocurre todas las quincenas, siempre
hay aumento.

Y siempre estamos sin un cuarto.
¿Dónde van á parar tantos millones?
¿O es que el aumento es grilla?

Dice La Publicidad:

«El Sr. Añut ha dispuesto que se proce-
da á traducir al castellano, para fijarse en
los sitios públicos, las prescripciones que se
han publicado en Ginebra acerca del trata-
miento á que deben someterse los que han
sido víctimas de una descarga eléctrica.»

¿Sólo en castellano?
¿Qué va á ser de los catalanes? que no
quieran hablar ni leer la lengua de Carva-
nter?

Dice El Ejército Español:

«Como siempre, el ministro de la Guerra
es el único que en asuntos de vitalidad para
el país.»

Hombre, por Dios!
¿Qué motivos tiene usted para dejar á
un lado al ministro de Instrucción Pública,
el más activo y el de trabajo con más pro-
vecho?

Lo que pasa es que cada cual le atribuye el
mérito á su propia sardina y le importa un
bledo que se quede cruda la sardina ajena.

El general Weyler trabajará mucho, —
nadie lo niega.

Pero de eso á que sea el único...
¿Cuándo le pagará el general Weyler á
los ministros de Instrucción primaria como
les va á pagar el conde de Romanones?

¿Pues si eso equivale á la mejor cam-
paña?

FUGA DE UNA TIPLÉ

Dice El Globo:
«Ayer tarde se presentó en el Juzgado
de guardia una señora para denunciar que

una hija suya, llamada Juana de diez y nueve
años, habiase fugado del hogar de su ma-
r, por un momento en que é-
ta salió de la casa á un recado.

La fugada fué la esposa de un hombre
la señorita Plá, la cual según parece salió
ayer tarde de su casa, y subiendo en un
«camión» que lo esperaba á las puertas, y
donde se hallaba el señorito á quien
hubo con este, ignorándose hasta ahora
con seguridad el paradero de ambos.

Parece también que el tenorio de un co-
nocido actor cómico fué muy conocido
del público madrileño, y cuyo nombre tie-
ne las iniciales E. S.

PROEZAS DE UN ELEFANTE

Fritz es un elefante educado por un mi-
sionero en Africa.

Fritz, que no tiene más que tres años,
fuga de una carreta, pesa 300 kilos y toca
la campana. Si no toca el organillo se por-
que en Fernán-Yas desconoce este ins-
trumento. Pero el padre Bichet le ha ense-
ñado á arrodillarse, á tirar del arado, á
arrastrar un tronco de árbol que pesa mu-
cho, á bañarse y á dejarse montar por au-
toridades.

Fritz es muy curioso; cuando le traen
las cosas de la cocina y á las partes de
la casa y vive por el lado de la
cocina. Es lo que podría llamarse discipli-
na voluntaria.

En guardia de la casa, Fritz es un
defecto, y es que se quiere ir á
buscar juguetes, como balones, juguetes
carritos y el cachibote, y parece que le
haya un instigador como particular de
los juguetes de un elefante.

La queja del padre Bichet es más seria.
Fritz quiere absolutamente salir de las co-
mitas de los misioneros y ha roto ya dos
veces la escalera, tratando de salir al
exterior.

Esta fragilidad de las habitaciones col-
oniales causó la muerte de un misionero de
Fritz, cuya educación progresaba también
rápidamente. Pero desgraciadamente el jo-
ven misionero había adquirido el costumbre
de ir á fumar las espaldas en el ángulo de
la barrea de un colono. ¡Poco bestia, no
podía rascarse con la pata, pues se natura-
liza no se lo permite!

Las casas coloniales no están construidas
con las solides del Louvre. El propietario de

cer día quiso levantarse porque el niño estaba muy
enfermo. Las comadres del lugar se reunieron en la
cabaña y rodearon al pobre niño de galnaldas ben-
didas. La anciana mujer del herrero, conjaró después
el mal colocando una gallina negra bajo el cedazo.

El niño recobró pronto la salud, y lo que entonces
más atormentaba á la mujer, era el marido; el cual,
pasaba todo el día y muchas veces la noche, en la ta-
berna. Y, ¡cosa extraña! Cuando la Rz-powa, después
del segundo día había pasado en cama con la fiebre,
volvió en sí y pidió el niño, el marido, en lugar de
demostrarse cariñoso para con ella, la injurió.

—Has ido todo el día á las calles de la ciudad
vagando con el niño enfermo!... ¡Afortunadamente
para tí nada grave le ha sucedido, que de otra mane-
ra, te aseguro que te habieras acordado!..

Amargada por esta prueba cruel de ingratitud, la
pobre mujer sintió el llanto destrozarse la garganta,
y con lágrimas se le caían por las mejillas.

—¡Wawson!... ¡es un niño débil y enfermo!

—¡El marido levántese de un lado de la casa en que
está el niño y déjalo un momento silencioso. Dis-
pense con los hijos y con el niño débil y enfermo!

—¡El niño está débil y enfermo!

—¡Marysok!... ¡perdoname!... Ya vez que te causo
pena... ¡perdoname!
Después empezó á llorar, á gemir y á besar á la in-
feliz que también lloraba á lágrima viva. En aquel
momento sentía no ser digno de aquella mujer. Pero,
desgraciadamente, este arrepentimiento y esta creen-
cia duraron poco. Los disgustos, en vez de unir, había
separado á aquellos dos seres.

Cuando Rz-powa estaba en la cabaña, beodo ó no, ya
no dirija la mirada á la palabra á la mujer, y se
sentaba sobre la caja, mirando obstinadamente al
suelo como un lobo enfurecido, pasando en esta posi-
ción horas enteras. Trabajaba como antes pero sin
hablar; vivía en la casa como el uno sintiera odiosa
hacia el otro; de manera que en la cabaña reinaba
ahora un silencio general. Además, ¿por qué debían
hablar? Ambos sabían que nada se podía hacer, y que
su destino estaba decidido irremediablemente.

Más tarde, en la monte de Rz-powa empezaron á cru-
zar malos pensamientos. Fué al vicario para confesar-
se, y esto no quiso admitirle y le ordenó volver al
día siguiente; y él, aquel día, en lugar de ir á la igle-
sia fué á la taberna. En tanto que estaba tan solitari-
amente en el mundo, que Dios no le había querido
ayudar; que el vicario le había negado la absolución
comparó á murmurar que se había vendido el diablo,
y por consiguiente á evitar su encuentro; de manera

—¡Bah!... ¡como si no supieras que el papel lo tie-
ne el escribano! Y bien: yo sé que tengo mucho poder
sobre él; me dijo: si solamente la Rz-powa viniera á
pedirme, yo rasgaría un pedacito de papel... y
¡basta!.

La Rz-powa no respondió una palabra; cogió su
cántaro y encaminóse hacia la vivienda del escribano.
Empezaba á oscurecer.